

# Mejoría en un horizonte incierto

Jose Maria Rotellar

Varias instituciones han revisado al alza sus previsiones de crecimiento para la economía española, tanto para 2021 como para 2022. Así, la OCDE lo ha elevado en 2021 del 5,9% al 6,8%, dejándolo en el 6,6% para 2022, con un aumento de tres décimas frente a la previsión anterior. El Banco de España, mejora sólo una décima, hasta el 6,3% en 2021 y una décima en 2022, hasta el 5,9%, para dejar el cre-

cimiento de 2023 en un estimado 2%, una décima superior a su estimación previa, de manera que prevé que se anticipe algo la recuperación del nivel de PIB anterior a la pandemia (en lugar de que se produzca a finales de 2022 o en 2023 considera que podría alcanzarse a lo largo de 2022, sin tener que esperar a su parte final). Todo ello, va acompañado de una mejora en las previsiones de tasa de paro.

El Gobierno, por su parte, no ha modificado el cuadro macroeconómico, dice que por prudencia, pero, realmente, su estimación de crecimiento sigue siendo excesivamente optimista respecto al conjunto de

analistas e instituciones. Así, el crecimiento que estima para 2021 es del 6,5%, y para 2022 es más elevado todavía, el 7%, que parecen excesivamente altos dadas las incertidumbres que aparecen en el horizonte.

Las revisiones al alza de la economía siempre son una buena noticia. Ojalá se pueda abrir un camino de crecimiento sólido y estable, que genere empleo y que permita recuperar la prosperidad perdida. Nada sería más deseable.

Ahora bien, hay muchos elementos en el horizonte que lo tornan incierto y que hacen pensar que este fuerte rebote que estamos viviendo de la economía española pueda que-

darse en un mero repunte estadístico derivado del impulso tomado tras venir de muchos meses de cierre de gran parte de la actividad económica y de duras, severas y largas restricciones que, por cierto, habría que levantar ya en su totalidad con el elevado nivel de población vacunada con la que contamos y comenzar, ahora sí, a tratar como una enfermedad periódica más lo que ha constituido esta dura y triste pandemia.

De esa manera, las revisiones al alza de la inflación que realiza la OCDE, así como las estimaciones de la gran mayoría de organismos que hacen predicciones, aunque la atenuen algo en 2022, muestra que la infla-

ción y el peligro que siempre representa para la economía está presente y ha vuelto a recordar su existencia. No hablamos ya sólo del precio de la luz —ahí está la subyacente, que también ha aumentado— sino que la probabilidad de una consolidación de niveles altos de inflación puede ser alta.

De hecho, la mejora de su previsión de PIB que hace el Banco de España se deriva de un fuerte incremento del consumo. El Gobierno también estima en su cuadro macro un crecimiento potente del consumo para 2021, un 8%. Del mismo modo, se ha señalado en reiteradas ocasiones que hay un ahorro generado muy importante en la pandemia,

Si todo ello empezase a movilizarse hacia el consumo, con el mantenimiento que existe hasta ahora de la política monetaria terriblemente expansiva, podemos encontrarnos con un problema claro de precios, además del que se puede derivar del aumento de costes generales por incremento del precio de la energía y su repercusión a todo el ciclo productivo y de comercialización y distribución de la economía.

Paralelamente, ese incremento del precio de la luz puede empezar a empobrecer a los ciudadanos, al disminuir su poder de compra para otros bienes, con la consiguiente ralentización que puede venir después en tér-

minos de actividad y empleo.

Adicionalmente, mientras se mantengan las restricciones en alguna medida, el miedo seguirá instalado entre los consumidores, de forma que no se reactivará tanto la economía y, por tanto, eso puede contribuir a que las expectativas no mejoren tanto como deberían. Por otra parte, aunque la estimación de déficit la rebaja el Banco de España, lo hace en su porcentaje sobre el PIB. Asimismo, el nivel de deuda que mantiene en su estimación, con un nuevo repunte sobre el PIB en 2022, muestra que la solidez de la economía no es, desgraciadamente, tal, pues muchos de sus fundamentales no mejoran: no se taponan

la terrible hemorragia del gasto público, que sigue disparado, sin horizonte claro de cumplimiento del pacto de estabilidad —la ministra Montero llegó a insinuar que España no lo cumpliría hasta 2025— de manera que la deuda seguirá incrementándose de manera peligrosa, por mucho que pueda disminuir transitoriamente en el cociente sobre el PIB, debido al tirón de la actividad económica, no a la reducción de la deuda, pues en valores absolutos seguirá creciendo, al mantenerse la economía en déficit en los años venideros.

Es obvio que la llegada de fondos europeos, la vacunación y la eliminación de restricciones impulsarán la

economía hacia el crecimiento, pero, una vez más, al igual que hacíamos en otras ocasiones —la última, en agosto—, ¿qué tipo de crecimiento? ¿Meramente transitorio o estructural? ¿Realmente aumentará el crecimiento potencial de la economía española? Para ello, se necesitan muchas reformas estructurales, como flexibilizar el mercado laboral, no entorpecerlo; como disminuir el gasto público, para salvaguardar lo esencial, no incrementarlo; como reformar las pensiones para hacerlas sostenibles, no acelerar su desequilibrio; como no aumentar impuestos, al contrario de lo que hace el Gobierno; como acabar con el déficit, no mante-

nerlo; y como empezar a disminuir aceleradamente la deuda, no avivarla con más y más saldo negativo.

Por tanto, con esta mejora, siempre deseable, insisto, España sólo consigue recuperar parte del terreno perdido y todavía con altos niveles de desempleo, pero, para consolidar el crecimiento, España necesita certidumbre, con esta serie mencionada de reformas profundas, pero no se vislumbra que el Gobierno las tenga en el horizonte, entre otras razones porque no se percibe ninguna política económica clara, más que la de fiar todo a la recepción de los fondos europeos.

Profesor de la UFV